

# El corazón, espera de un « acontecimiento-persona »

**Padre Thierry de Roucy, en « Una obra humana, profundamente humana », Totum.**

*Este texto de Padre Thierry refleja toda la reflexión de Don Giussani sobre el corazón, reflexión sobre los « porqué » inscriptos en el fondo de nuestro ser: el pedido desmedido de nuestros amigos, de todo hombre, la sed de sus corazones, de mi corazón.*

## **La extensión del sufrimiento**

El sufrimiento puede parecer un fenómeno sin sorpresas. Sabemos de la existencia de los hospitales, de los orfanatos, de los campos de concentración... Sabemos de todo el capital de lágrimas engendradas en esos lugares. Eso ya puede parecernos monstruoso. Peor aún, es descubrir que el sufrimiento no es una totalidad brutal, anónima, impersonal, sino que hiere un corazón, que desfigura un rostro. Encontrar un hombre que sufre, escuchar hasta el fin sus silencios, sus gritos, sus rebeldías llega mucho más hondo que la meditación que uno puede hacer sobre todo el sufrimiento de la humanidad. Y cuando tomamos el tiempo necesario para inclinarnos ante el sufrimiento de un hombre y cargarlo un poco con él, después el de un segundo hombre, después el de un tercero, lo espantoso de la cruz -una cruz bien palpable, bien rugosa, una verdadera cruz de madera, pesada, muy pesada, que hace caer y volver a caer- nos atrapa.

Como no hay pecados abstractos, tampoco hay sufrimientos abstractos. El sufrimiento es siempre el sufrimiento de una carne, de un corazón, de una inteligencia. Es el increíble sufrimiento de ese seminarista vietnamita, encerrado durante varios años en un oscuro calabozo, los pies engrillados, luchando día tras día para no volverse loco... Es el sufrimiento de ese joven argentino violado en su infancia por un miembro de su familia, que fue echado de su casa, violado otra vez, entregado a la droga y al alcohol, incapaz de dominar la terrible violencia que lo habita... Es el sufrimiento de esa niña colombiana de catorce años ya embarazada, esperando, bajo la mirada del patrón, al nuevo cliente que abusará de su cuerpo ya moribundo... Es la existencia de cada hombre, de cada país que se podría describir en esta lista, porque nadie escapa de la gran ley del sufrimiento, porque hasta los que parecen tener una vida feliz, conocen, sin lugar a dudas, su patrimonio de dolores íntimos. El cuerpo de Cristo entero está sobre la cruz. Ni un hueso, ni un miembro fue evitado. Su cuerpo está despedazado, su espíritu quebrantado, su corazón traspasado. El cuerpo de la humanidad está también en su plenitud sobre la cruz. Ni un miembro escapa al dolor. Pero al pie de la cruz, el corazón de María se vuelve receptáculo de este increíble sacrificio. (...)

•

## **La necesidad de Navidad, la respuesta de Pascua**

Si uno hace la cuenta de todos esos minutos que parece imposible pasar de tan largos y pesados que son, puede que nos dé un ataque de nervios. ¿Quién nos librará de este fardo? Esperamos nuevas vacunas - ¡siempre aparecen nuevas enfermedades!-; esperamos nuevos gobiernos -ellos son a veces peores que los precedentes-; soñamos con reformas sociales -de todas formas, ¡nunca son suficientes!-.

Es cierto, la vida es más fácil cuando uno sale de la prisión, del hospital o del campo de concentración, pero el mismo vacío puede continuar afuera, como adentro. Los responsables pueden achicar las brechas. Las estructuras pueden adaptarse mejor a las necesidades de todos, las pobrezas pueden resolverse, pero permanece una espera: la de una solución esencial, más interior. Una espera que, para muchos, no tiene nombre; una espera que puede expresarse como el presentimiento de una presencia salvadora. Una espera que yo traduzco así: la espera de Navidad, la urgencia de la resurrección.

Muchos viven en la esperanza de un acontecimiento. Aquéllos para quienes la experiencia es limitada esperan todavía un acontecimiento terrestre. Aquéllos para quienes la experiencia es más honda saben que nada de aquí abajo puede bastar para aniquilar el mal. Su peso es demasiado y la sola historia de los hombres, al final, es incapaz de aportar cualquier salvación.

Es necesario Alguien del exterior que obre desde el interior. No es necesario un «acontecimiento–accidental» (revuelta, monarquía...), pero sí un «acontecimiento–presencia», un «acontecimiento–persona», un «acontecimiento–eternidad». Es necesaria una Navidad: Dios escondido que surge en la noche de los hombres para conducirlos hasta la aurora de la resurrección. Un Dios que conoce a cada uno por su nombre, que toma cada una de sus heridas, que carga en Él el peso de los sufrimientos íntimos y los libera en su Pascua, en su sí total y definitivo a Dios.

Cada uno de aquellos que encontramos, y nosotros mismos en primer lugar, tenemos necesidad -una necesidad esencial- de tomar la mano de un Emmanuel, como el ciego de Jericó. Una mano que nos conduzca hacia adentro -a lo profundo de nuestro pesebre (exploración confiada de nuestra miseria)- y nos conduzca más allá, donde ninguna ideología puede llevarnos: al Corazón amoroso del Padre (descubrimiento maravilloso de la misericordia). Es la obra de la Navidad: el Niño, más pequeño y más grande que todos los niños de los hombres, ofrece su amistad a los pobres, les tiende la mano, los alimenta con una palabra de eternidad, les lava los pies haciéndose más humilde que ellos, asume sus pecados y los carga, como un pastor carga su cordero recién nacido, hacia el Reino donde el mal no puede alcanzarlo.

Uno podría sorprenderse de que un acontecimiento que estremece hoy el corazón de todo hombre tenga en sí veinte siglos de antigüedad. Uno se pregunta dónde está la revolución que Él ha causado. Uno se pregunta a qué luz ha conducido a la humanidad la Resurrección. Navidad, la Resurrección son acontecimientos misteriosos. Los perciben aquellos que leen en la noche. Los descubren aquellos que escuchan la «música silenciosa» del amor. Los reciben en sus casas los pobres, los más pobres entre los pobres. Navidad es, pero la Navidad tiene necesidad de expandirse en el destino de los hombres, y la Navidad se expande, como la Resurrección, cada vez que un corazón abre su corazón de par en par a la Madre para que Ella deposite allí a su Hijo de luz.

Nada cambia entonces. Y todo cambia. La villa miseria sigue siéndolo. El niño muerto no se levanta. El monedero no se llena. Pero lo insoportable se vuelve soportable porque es vivido en presencia de una Presencia que le da sentido. El absurdo, la rebeldía, la miseria desembocan en el misterio, en la adoración, en la misericordia. Nacido el Niño, resucita el Crucificado y la esperanza eleva al mundo.

•

## **Una confirmación**

Hoy, está de moda hablar de lo humanitario. Y, en ese sentido, a menudo nos preguntan si Puntos Corazón es una obra humanitaria. A decir verdad, yo no sé muy bien... Lo que sí creo, es que Puntos Corazón es una obra humana, muy humana pues intenta mantener los ojos fijos en Jesucristo.

En el momento en que hice los primeros trámites para la fundación de la Obra, la intuición que yo había recibido no me parecía tan descabellada. Estaba al menos seguro de que el hombre -y sobre todo aquél que es víctima del sufrimiento- necesitaba a su lado una presencia compasiva, cuyo valor jamás prejuzgué. Hoy, esta sed de presencia del corazón humano se me aparece como un grito violento, como una urgencia manifiesta. No solamente tengo la convicción de que es la sed más íntima del hombre, sino que yo mismo estoy habitado por esta obsesión -que comparto al menos con todos los Amigos de los niños-: es necesario ofrecer un amigo a los pobres y a los pequeños, para que ellos vivan como hombres, un amigo de corazón infinito que colma lo infinito de sus corazones.



El hijo pródigo  
Marc Chagall, 1975

Un día, realicé una larga visita a una madre de familia del barrio de Lobato (en Salvador da Bahía). Pensando que ya le habíamos dedicado un buen tiempo comenzamos a despedirnos. La señora empezó entonces a exclamar, casi ofuscada: «¿¡Pero ya se van!?!». Y saliéndose de su medida, mi compañero de visita tenía los ojos llenos de lágrimas: «¡Padre Thierry, nos esmeramos a veces para pasar varias horas en casa de nuestros amigos, pero siempre partimos demasiado rápido, nunca estamos lo suficientemente presentes, su sed de presencia desborda siempre lo que nosotros podemos dar! ¡Y siempre nos lo hacen notar!» Y yo pienso en la inscripción que los Misioneros de la Caridad tienen al costado del crucifijo en sus capillas: «¡Tengo sed!». Jesús tiene sed, Él tiene mucha sed... Nuestros amigos tienen sed, ellos tienen mucha sed... Yo tengo sed, yo tengo mucha sed... Ya no sabía si buscábamos calmar la sed de Jesús, o la de nuestros amigos, o la nuestra... Ya no sabía si era Él que nos pedía de beber, o si nosotros le pedíamos a Él... Ya no sabía quién calmaba la sed de quién... quién estaba en la cruz y quién estaba junto a la cruz... ¿Jesús... nuestros amigos... nosotros?...

•

Puntos Corazón, ¿una obra humana? Una obra humana porque es una obra cristiana. Una obra humana, profundamente humana porque quiere calmar lo más profundo de la sed humana: la sed del corazón. Una obra profundamente cristiana porque quiere unirse al don del mismo Cristo: el de su Corazón.

Las obras humanitarias, con justo título, se preocupan por el resultado, por la eficacia, por la producción. Una obra humana como Puntos Corazón no puede tener esta ambición. La fecundidad pertenece a otro ámbito, que no puede medirse en cifras, evaluaciones, o resultados de ejercicio. Así como los apóstoles no podían contabilizar el fruto de cada encuentro del Maestro, de cada visita en los pueblos que atravesaba, tampoco es posible conocer todos los efectos de una celebración o de una adoración eucarística sobre una asamblea, o el fruto exacto de una visita a un enfermo, o de un juego con los niños, o de la presencia de los Amigos de los niños en un barrio. Hay allí una gran parte de misterio, a veces difícil de aceptar; ¡el hombre ama tanto evaluar, medir, dar cifras o recibirlas para probarse que es alguien! Pero cuanto más nos dirigimos a lo más íntimo del hombre, más queremos alcanzar su corazón, y deseamos tocar lo más humano que hay en el

hombre, y para ello es necesario renunciar aún más. Una obra humana, profundamente humana, escapa a las contabilizaciones humanas: sólo Dios conoce los frutos, porque es el Maestro de la cosecha.

Cada mañana, la misión Puntos Corazón aparece más amplia, porque cada mañana, el sufrimiento del hombre se nos aparece más grande y profundo. Los brazos de la cruz se extienden mucho más allá de nuestra percepción. Y nos decimos: es necesario que la Madre esté allí, al pie de esta cruz desmesurada donde está clavada la humanidad; es necesario que Ella esté allí, con su corazón de Madre desmesurado. Es decir: es necesario que estemos allí. Es nuestra misión. Una misión que nos sobrepasa y al mismo tiempo nos deja maravillados porque ella coincide con un terrible grito, porque ella calma una sed, la sed última y desmesurada, la sed de escuchar: «Aquí estoy». Una misión que no queremos realizar como trovadores y caballeros, sino según el modo tan humano de la Eucaristía -que se hace pequeño y casi imperceptible-, según el modo tan maternal de la Madre -que permanece silenciosa y entregada-.